

I. Introducción

La relación de pareja sin duda es una de las relaciones interpersonales que más atención ha recibido en la investigación de las ciencias sociales. En este contexto se encontraron propuestas de diversos autores cuyo objetivo es tratar de explicar cuáles son las variables que intervienen en el inicio, mantenimiento y terminación de una relación romántica.

Los miembros de la pareja deberán transmitirse su amor, su intimidad y su compromiso para que por medio de ello se desarrollen. El desarrollo de ésta permitirá a los individuos tener un manejo adecuado de sus emociones, ya que estos elementos intervienen directamente en la forma en que los individuos resuelven los problemas. Dicha resolución de problemas facilita la forma de generar planes a futuro (Salovey y Mayer, 1989).

La pareja es uno de los aspectos centrales de la vida de un ser humano. Una vez que el ser humano llega al mundo, la comunicación resulta el factor más importante que determina el tipo de relaciones que va a tener con las personas más cercanas, para posteriormente instrumentarla en relaciones de otro tipo. La comunicación es la norma por la que dos personas se conocen, exploran y crean vínculos sólidos. Así la comunicación abarca toda una amplia gama de temas y formas en que las personas intercambian información, incluyendo el sentido que las personas le imprimen a dicha información (Satir, 1986).

La comunicación es uno de los factores más importantes para que la relación de pareja funcione adecuadamente, cuando ésta falla da lugar al conflicto. El conflicto es parte de un proceso natural de toda relación. Los sistemas sociales, en general, buscan mantener un balance entre flexibilidad y estabilidad y tanto la comunicación como la negociación, durante el conflicto, son la llave para encontrar la armonía en este proceso (Steier, Stanton y Todd, 1982).

Por su parte, la comunicación es un proceso predictor de la satisfacción que se experimenta dentro de la relación. De acuerdo a Greef y De Bruyne (2000) la satisfacción de pareja está relacionada al apoyo emocional, a compartir intereses y a cómo las parejas afrontan los conflictos.

Asimismo, el conflicto interpersonal, entendido como la incompatibilidad de intereses, metas, planes y conductas, provoca que las parejas estén en desacuerdo y afecta directamente a la satisfacción de la relación (Cahn, 1990).

El estudio de la comunicación y el estilo de negociación que se lleva a cabo durante el conflicto de pareja son muy importantes, ya que permiten entender los aspectos que favorecen una mayor satisfacción dentro de la relación.

Es difícil encontrar una pareja que no haya pasado por un momento crítico en su relación y se puede ver que cada pareja tiene su propio estilo para la hora de solucionar conflictos; sin embargo, cuando el conflicto es abordado desde la postura adecuada, haciendo uso de la comunicación positiva, es más

probable que la relación perdure y el conflicto se solucione de manera tal que el individuo quede satisfecho con sus decisiones.

Asimismo, la comunicación puede convertirse en un serio problema, cuando la violencia física o verbal, hostilidad o indiferencia hacen que los miembros de la pareja se sientan muy desdichados. Es importante señalar que a la gran mayoría de las personas que conforman una pareja les es sumamente complejo exteriorizar su opinión por temor a ser deliberadamente rechazados. Por tal motivo, la buena comunicación es un requisito indispensable para mantener una relación de pareja (Carvajal, 1999).

Debido a que se ha observado que el modo en que las personas manejan sus conflictos refleja la calidad de sus relaciones personales en un nivel práctico (Canary y Messman, 2000), resulta de gran importancia identificar las estrategias que se emplean para enfrentarse a situaciones conflictivas dentro de una relación de pareja.

Esta investigación tiene como objetivo estudiar la relación entre los estilos de comunicación, el manejo del conflicto y la satisfacción en la relación de pareja, así como también estudiar las diferencias entre los géneros con respecto a las variables de estudio.

1. La comunicación

1.1 ¿Qué se entiende por comunicación?

Etimológicamente comunicar se refiere al hecho de compartir o intercambiar información (Nina Estrella, 1991). La comunicación involucra a dos

o más personas; debe haber al menos un emisor y un receptor. El emisor envía un mensaje y el receptor lo recibe y descifra (Kimble, Garnezy y Zigler, 1999) a dos niveles: verbal, que se refiere al lenguaje (ya sea escrito o hablado) y no verbal, que comprende el uso de gestos, expresiones faciales, posturas, distancias interpersonales, etc.

La comunicación se ha considerado tradicionalmente como un proceso simbólico y transaccional, es decir, un trayecto en donde la conducta verbal y la no verbal funcionan como símbolos creados, los cuales permiten compartir significados, interactuar, al mismo tiempo que profundizar en el conocimiento propio y de otras personas (Satir, 1986).

Bolte (1975) dice que la comunicación es uno de los factores importantes que determinan el tipo de relación que pueda presentarse en un momento dado. El punto es que el comunicar implica distintos pasos en los que un error o un malentendido pueden ocurrir. Por tal motivo, diferentes patrones de comunicación muestran cambios dentro de la relación (Ojeda García, Díaz Loving y Rivera Aragón, 1997)

Puget y Berenstein (1996) describen la comunicación como un diálogo entre dos o más personas donde los yoes participan de un complejo campo emocional donde circulan actos de lenguaje; mediante el cual se transmite un significado del uno al otro y se supone compartirlo.

Asimismo, la comunicación efectiva aumenta el peligro de las proyecciones superyoicas recíprocas de la expresión incontrolada o incontrolable de los aspectos negativos de la ambivalencia normal (Kernberg,

1997). Esto significa que al momento de comunicar o de transmitir un mensaje, se corre el riesgo de transmitir impresiones erróneas por asumir en lo externo lo que se lleva dentro.

1.2 La comunicación en pareja

Dindia y Fritzpatrick (1988; citado por Anaya y Bermúdez, 2002) encontraron que la comunicación es un factor primordial en el desarrollo de las relaciones interpersonales. Una comunicación satisfactoria puede promover el manejo de un conflicto más adecuado; promoviendo relaciones satisfactorias y duraderas, mientras que una comunicación inadecuada puede contribuir a la insatisfacción y al rompimiento de la relación.

Siendo un componente de suma importancia dentro de las relaciones de pareja, la comunicación, según Pearlman (2000) es mucho más compleja de lo que se cree. La comunicación comienza con las intenciones del emisor, así como con el mensaje que se desea compartir. El problema es que las intenciones del emisor son privadas y conocidas únicamente por él o ella. Para que estas intenciones sean comunicadas al receptor, deben ser codificadas en acciones verbales y no verbales que sean públicas y observables. Una variable de factores, como son el humor del emisor, la habilidad social que posea, e incluso ruidos en el ambiente inmediato pueden influenciar o interferir con este proceso; entonces, el receptor, debe decodificar las acciones del emisor, contando que en este proceso puede ocurrir interferencia de igual manera. El resultado final es un efecto en el receptor, que de nueva cuenta es privado y conocido únicamente por él o ella.

Durante la comunicación, cada uno de los miembros de la díada impacta en el otro, al compartirle información de índole personal (auto-divulgación) o no personal, lo que crea una nueva realidad para la pareja. De hecho, es a través de la auto-divulgación, que una persona permite que se le descubra, en otras palabras, el ser conocida por otra. Esto lo logra al intercambiar información que se refiere al yo, revelando cómo se siente, qué piensa, sus experiencias pasadas y planes al futuro, en un tiempo y lugar apropiados (Derlenga, 1984).

Sin embargo, la comunicación abarca una amplia gama de signos que representan cosas, sentimientos e ideas, que crean una realidad interpersonal característica entre dos personas. Así, la comunicación representa el medio idóneo para que la persona exprese apertura y obtenga a la vez retroalimentación acerca de sí misma, apoyo, aceptación y confirmación de que es un individuo digno para establecer una relación íntima exitosa (Sánchez Aragón y Díaz Loving, 2002).

La comunicación en la pareja representa no sólo el medio idóneo para expresar sentimientos, pensamientos, temores, percepción de la pareja y situaciones de la historia vital, sino que facilita la forma de organizar la relación y crear una visión conjunta del mundo (Fitspatrick, 1987; citado por Roca, 2003).

En cuanto a las diferencias entre los géneros con respecto a la comunicación se puede decir que desde pequeñas, a las mujeres se les enseña a compartir sus sentimientos, a ser sumisas y a evitar los conflictos. Por otro lado, a los niños se les enseña a demostrar su poder; se espera que destaquen

en sus grupos de amigos y son recompensados por ello. Todas estas experiencias llevan a niños y niñas a tener diferentes patrones de comunicación. Una vez establecidos, cada género llevará a cabo conductas que reforzarán estos patrones. Por estas razones Linder (1993) afirma que las mujeres tienden a evadir el conflicto porque lo experimentan como una amenaza a su relación; les preocupa lastimar los sentimientos del otro. Estas ideas las llevan a expresar su agresión de manera indirecta, o mediante explosiones inesperadas de enojo. Los hombres, en cambio, son más directos en sus confrontaciones y expresan su agresión de manera más abierta.

1.3 Estilos de comunicación

La comunicación dentro de la pareja es una variable fundamental para el funcionamiento de la misma en cualquier etapa que ésta se encuentre. Además, posee dos dimensiones: contenido y estilo; el primero se refiere a toda aquella comunicación verbal que contenga el mensaje y el segundo se refiere a la manera en cómo se transmite el mensaje (Boland y Follingstand, 1987; citado por Roca, 2003).

Al respecto Norton (1978) describió el estilo como la manera en que uno se comunica, y lo define en la forma en que verbal y no verbalmente se interactúa ante un código que debe ser interpretado o comprendido. Afirma también, que el estilo son señales que ayudan en el proceso de la comunicación a interpretar, filtrar o entender el significado literal. También establece que el estilo del comunicador se caracteriza por ser observable, multifacético, multicolineal y variable. Esto es, que la forma que se dé al

contenido literal puede ser observado por una o más personas; con multifacético se refiere a que cada persona tiene diferentes facetas que pueden ser variables, es decir, una persona puede ser, simultáneamente, por ejemplo, amigable y relajado, o retraído y relajado. Con multicolineal el autor afirma que las diferentes variables del estilo no son independientes una de otra.

Al ver la interacción del conflicto como un ejercicio de dominancia, donde cada uno trata de influir sobre el otro cuando se presentan metas incompatibles Koren, Carlton y Shaw (citado por Arnaldo, 2001) crearon cuatro categorías de comportamiento verbal y no verbal que las parejas despliegan en sus encuentros de conflicto: 1) Propuesta de solución: argumento de hecho, por ejemplo decir “vamos a hablar más seguido”; 2) Crítica: comentarios críticos como decir “nunca me escuchas”; 3) Pregunta: búsqueda de hechos, opiniones o sentimientos de otros, por ejemplo preguntar “¿qué pasó?, ¿cómo te sientes?”; 4) Sensibilidad: expresar reconocimiento, acuerdo o aceptación de los intentos de influencia del otro, por ejemplo “estoy de acuerdo”, “vamos a hacer eso”).

Díaz Loving y Sánchez Aragón (1976; citado por Roca, 2003) describen cuatro diferentes estilos de comunicación verbal: 1) Por lo general las intenciones del transmisor son ser agradable y amable, deseando comunicar de manera positiva tópicos específicos sin involucrar mucho de sí mismo; 2) La persona usualmente tiene la intención de forzar un cambio en otra persona; por lo general, su comunicación envuelve interpretaciones tales como es correcto o es falso, y acciones que indican lo que se debería hacer o no hacer; 3) La

persona se basa en lo que quiere, piensa, hace y dirá; hace un gran uso de cuestionamientos a los demás con respecto a su forma de ser y sus razones; por lo general, este estilo se expresa en el ámbito cognoscitivo e interpretativo, pero con poca emoción al tomar partido en discusiones o actividades; 4) Expresa la intención de tratar un tema de manera abierta y directa. Quien hace uso de este estilo, está en contacto con los pensamientos, sentimientos, intenciones propias, de su pareja y de las implicaciones a la relación en forma honesta y responsable.

Por otro lado Norton (1978), plantea una tipología de 9 estilos: 1) El dominante: tiende a hacerse cargo de las interacciones sociales; 2) El dramático: manipula a los demás a través de la exageración, las fantasías, historias, metáforas, ritmos de la voz y otros elementos que resaltan el contenido de la comunicación; 3) El contencioso: aquél que gusta de discutir por todo, y tiende a tener componentes negativos; 4) El animado: este comunicador provee de contacto visual frecuente, usa muchas expresiones faciales, gestos y movimientos corporales y posturas para exagerar el contenido de su comunicación. Generalmente luce atractivo y confiable; 5) Impression Leaving: el concepto se centra alrededor de cómo una persona es recordada por el estímulo de comunicación que proyecta; 6) El relajado: el cual es un estilo variable, abre la puerta a realizar análisis complejos y ricos; 7) El atento: aquel comunicador que escucha y es empático; 8) El abierto, es caracterizado por ser platicador, amable, comunal, no reservado, extrovertido y franco; 9) El

amistoso: es un estilo variable que va de no ser hostil a ser profundamente íntimo.

Satir (1986) plantea cuatro estilos de comunicación que se definen y funcionan de la siguiente manera: 1) Aplacar: consiste en una tendencia clara a hablar congraciándose con los otros, tratando de complacer, de disculparse, de nunca mostrar desacuerdo para no provocar enojo en la otra persona. Es alguien que siempre necesita tener la aprobación de otros; 2) Culpar: consiste en encontrar fallas, defectos en los demás, es un dictador, mandón, se siente superior, y sus sensaciones internas están basadas en tensión muscular, presión sanguínea alta lo que favorece el tono de la voz luciendo dura, tensa y fuerte; 3) Supra-razonar: que se caracteriza por expresarse en forma exageradamente correcta y razonable, no demuestra ningún sentimiento por lo que parece calmado, frío, e imperturbable. Esta forma trata de enfrentar a la amenaza como si fuera inofensivo y establecer además, su propio valer empleando palabras altisonantes; 4) Distraer: es una forma de ignorar la amenaza, comportándose como si no existiera. El irrelevante dirá o hará cosas que tengan poca relación con lo que digan o hagan los demás. La sensación interior es de confusión. La voz es como un desacuerdo con las palabras.

Nina Estrella (1991) propone una escala de estilos de comunicación para parejas mexicanas en la que se exploran cuatro dimensiones o formas de comunicarse en la pareja: a) Positivo: estilo de comunicación abierto en el que la pareja participa activamente tanto en expresarse como en escuchar, es amable, afectuoso, cortés, conciliador, calmado y accesible; b) Violento: donde

el interlocutor es temperamental, agresivo, dominante, gritón, impetuoso, nervioso, fuerte, agresivo e inaccesible; c) Negativo: en este estilo la persona se muestra conflictiva, rebuscada, confusa y distraída, lo que ocasiona que el intercambio de información en la pareja se afecte de manera destructiva; d) Reservado: estilo en el cual el interlocutor se muestra seco, frío y callado, creando una barrera en el proceso de comunicación.

Por su parte Sánchez Aragón (2002) propone una escala de estilos de comunicación dividida en dos áreas: la manera en como uno platica con la pareja (YO SOY) y la forma en como platica la pareja (MI PAREJA ES). A su vez, estas dos áreas se dividen cada una en dos secciones: positivo y negativo. En seguida se presentan las divisiones y su interpretación respectiva.

Yo positivo abarca siete aspectos : 1) Social - Afiliativo: individuo que se muestra amistoso, amable, atento, cariñoso, alegre, comprensivo, afectuoso, agradable, complaciente, cortés y dulce; 2) Social Automodificador: suele ser una persona tolerante, tranquila, prudente, pasiva, respetuosa, razonable, tratable, propia, relajada, positiva y racional; 3) Simpatía: generalmente el individuo se manifiesta ocurrente, juguetón, oportuno, simpático, platicador y optimista; 4) Abierto: Un individuo generalmente franco, directo, expresivo y curioso; 5) Social-Normativo: se define como correcto, educado, ordenado, cortés y cordial; 6) Reservado: acostumbra ser precavido, cauto y analítico; 7) Claro: se caracteriza por ser congruente, coherente y comprometido. La parte que comprende las características negativas se le llama **Yo negativo** y contempla cinco aspectos: 1) Violencia instrumental: Individuo amenazante,

agresivo, atacante, conflictivo, complicado, abusivo, violento y apático; 2) Evitante: se muestra seco, frío, serio, severo, intolerante, distante, limitante, indiferente e inexpressivo; 3) Expresivo-Hiriente: suele ser inquisitivo, insolente, hiriente, injusto, humillante, grosero y ofensivo; 4) Autoritario: se caracteriza por ser enérgico, exigente, enjuiciador, dominante, autoritario y mandón; 5) Irritante expresivo: generalmente se muestra latoso, enredado, difícil, confuso, fastidioso y monótono. En cuanto al área que describe a **Mi pareja positiva** contiene siete aspectos: 1) Social afiliativo simpático: suele ser alegre, cariñoso, amistoso, afectuoso, atento, amable, encantador, simpático, cordial, dulce, agradable, juguetón, cortés, ocurrente y cooperador; 2) Social-normativo: acostumbra ser discreto, propio, correcto, educado, positivo y respetuoso; 3) Abierto: se dirige de manera directa, franca, clara e íntima; 4) Automodificador constructivo: se caracteriza por ser prudente, reflexivo, tranquilo, sensato y razonable; 5) Empatía: es consecuente, considerado, complaciente, consciente, comprensivo y confiado; 6) Claro: habitualmente es racional, congruente y explícito; 7) Social-expresivo: se muestra sociable, platicador, risueño y expresivo. Y finalmente el apartado que describe a **Mi pareja negativo** que incluye siete factores: 1) Violencia instrumental y expresiva: con tendencia a humillar, ser grosero, hiriente, atacante, ofensivo, amenazante, insolente, agresivo, cruel, violento, necio, intolerante, desafiante, difícil, fastidioso y recriminante; 2) Evitante: suele ser monótono, distante, apático, indiferente, seco, frío, aburrido y negativo; 3) Autoritario: acostumbra ser exigente, dominante, controlador, mandón, autoritario y enjuiciador; 4) Ambiguo rechazante: generalmente es rebuscado, limitante, rechazante e impreciso; 5) Maquiavélico: se muestra

quisquilloso, dictatorial, censurante y ambiguo; 6) Chismoso: suele ser conflictivo, criticón y confuso; 7) Impulsivo: acostumbra ser destructivo, inconforme e injusto.

Estos estilos de comunicación, conllevan a cada persona a comunicarse de una manera muy particular; haber aprendido, y utilizar tal o cual estilo moldea la forma en que se intercambia información con la pareja, y afecta, en el mismo sentido, la interpretación que se le dará a la información que se reciba.

1.4 Investigaciones sobre la comunicación en pareja

La investigación realizada por Nina Estrella (1991) muestra diferencias significativas entre sexos e indican que los hombres consideran que sus esposas utilizan en mayor medida un estilo violento; es decir, para ellos las mujeres al comunicarse son agresivas, nerviosas y temperamentales. Por su parte las mujeres consideran que sus esposos utilizan más un estilo reservado en sus comunicaciones lo cual quizá se deba a las normas culturales que a través del proceso de socialización enseñan a los hombres a ser poco expresivos. En el análisis de pareja se encontró que cuando el hombre adopta un estilo de comunicación sea positivo, violento, reservado o negativo, la esposa hará uso del mismo estilo en la relación. Esta autora concluye que dada esta reciprocidad en el estilo de comunicación utilizado, aunado al grado de intimidad creado entre los miembros de la pareja es posible que haya concordancia en la percepción que tiene el cónyuge de su estilo y cómo lo percibe su pareja.

Sanders, Halfon y Behrens (1999) realizaron un estudio con hijos de padres divorciados y los estilos de comunicación que llevaban a cabo en sus relaciones de pareja. Los resultados fueron que aquellas parejas en las cuales los padres de la mujer se habían separado mostraron más aspectos de comunicación negativa que las parejas en las cuales ninguno de los padres era divorciado. Por el contrario, las parejas en las cuales los padres del hombre eran divorciados no mostraron ninguna diferencia con respecto al grupo de control. La investigación muestra que, al menos en mujeres, la historia de un divorcio entre los padres está asociada con problemas de comunicación antes del matrimonio.

Díaz Loving y Sánchez Aragón (2000) estudiaron las formas de interacción entre las parejas, una premisa común a nivel psicológico es que la calidad marital está determinada tanto por la presencia de desacuerdos entre sus miembros como por la manera en que ellos intentan resolver estos desacuerdos. Los resultados del análisis de correlación Producto-Momento de Pearson con el propósito de conocer el grado de asociación entre seis estilos de comunicación y los cinco estilos de negociación por separado en hombres y mujeres, observándose que tanto en los hombres como en las mujeres existen relaciones positivas y significativas entre los estilos de comunicación romántico y positivo con los estilos de colaboración, acuerdo, acomodación y evitación; es decir que cuando las personas son amorosas, afectuosas, positivas y amables también suelen colaborar para llegar a acuerdos compartidos, a ceder a favor de la pareja o incluso evitar situaciones de desacuerdo o estrés.

Igualmente se observa que con el estilo abierto los hombres y mujeres usan un estilo negativo, reservado con tintes agresivos y temperamentales es más probable que no negocien y que busquen cada uno por su parte salirse con la suya sin preocuparse por el bienestar de la pareja sino en el personal.

En cuanto a estos resultados Díaz Loving y Sánchez Aragón (2000) afirman que es evidente que la integración de los estilos de negociación y comunicación producen una serie de meros estilos holísticos que se componen de la conjunción de maneras de negociar con formas de comunicarse. Así, un hombre o una mujer predispuestos a llegar a acuerdos y a colaborar, deben ser a la vez románticos, abiertos y positivos en sus formas de comunicación; creando de esta manera, un estilo constructivo que se dirige al bienestar de la pareja a través de una comunicación alegre, objetiva y afectuosa aunado a un interés fundamental en una relación igualitaria y de acuerdo mutuo.

Respecto a las diferencias sexuales observadas en diversos estudios, se puede decir que, de inicio, las mujeres ven a sus esposos como insensibles ante sus pláticas, que no comparten sus preocupaciones, son acusados por ser deficientes al emitir y al recibir información personal; mientras que los hombres acusan a sus esposas de hablar acerca de cosas irrelevantes y de no mostrar interés en el sexo sino en la interacción (Haawkins, Weisberg y Ray, 1980; citado por Sánchez Aragón, 2002).

Esto se ve apoyado por Soller (1982) y Sánchez Aragón (2002) quienes mencionan que las mujeres son en general más expresivas al comunicarse en

comparación a los hombres, quienes muestran una falta de responsabilidad y expresión.

Julien, Chartrand, Simard, Bouthillier y Bégin (2003) realizaron un estudio con parejas heterosexuales, lesbianas y homosexuales con el objetivo de determinar la contribución negativa y positiva de la comunicación en la calidad de la relación. Estudios previos mostraban que la manera de comunicarse en la relación de pareja varía de acuerdo al tema a discutir; asimismo, la manera de comunicar va cambiando de acuerdo a la etapa en la que se encuentre la pareja en la relación. Los resultados de este estudio demostraron que los patrones negativos y positivos de la comunicación materia de conflicto y de la ayuda fueron asociados a la calidad de la relación en la dirección prevista. Modelos de análisis jerárquicos lineales determinaron la notable contribución de los comportamientos individuales y de pareja a la variabilidad de la calidad de la relación. Los resultados indicaron que, más allá de la contribución de comportamientos negativos individuales en el conflicto, las variables de comportamientos en pareja positivos en el conflicto, de comportamientos positivos individuales en el apoyo, y de ayuda percibida influyeron considerablemente en la calidad de la relación. No se encontraron diferencias en los comportamientos de género o en sus contribuciones a la calidad de la relación.

Asimismo, Sánchez Aragón y Díaz Loving (2001) estudiaron el papel de la comunicación en las relaciones íntimas. Se identificaron los estilos utilizados por parejas mexicanas mediante metodologías etnopsicológicas y en base a las

tipologías encontradas en la literatura de Satir, Millar, Nunnally y Walkman, con el fin de desarrollar un instrumento de medida de los estilos de comunicación universal pero culturalmente sensible. Los resultados indican dimensiones válidas, confiables y culturalmente sensibles en la medición de la gama de estilos positivos y negativos que en México las personas con pareja usan para comunicarse, surgiendo estilos característicos como: Empático y Social Expresivo, Social Afiliativo, Social Auto-modificador, Simpático y Social Normativo, Maquiavélico, Chismoso, Hiriente e Irritante Expresivo.

2. El manejo de conflicto en la relación de pareja

2.1 ¿Qué se entiende por conflicto?

Definir al conflicto desde una sola perspectiva resulta imposible ya que la visión del mismo sería parcial e incorrecta. Diferentes enfoques postulan sus propias definiciones tratando de describir la naturaleza y función del conflicto. Por lo tanto, para comprender el significado del conflicto es necesario analizar el concepto desde diferentes corrientes de la psicología, es por eso que a continuación se presenta la interpretación que se le da al conflicto desde diferentes enfoques.

El enfoque primitivo del conflicto suponía que todo conflicto era malo. Se veía al conflicto en forma negativa y se utilizaba como sinónimo de términos como violencia, destrucción e irracionalidad para reforzar su connotación negativa. Por definición, el conflicto era dañino y debía evitarse. Es importante destacar que el conflicto se inicia en el momento en el cual es percibido por una de las partes involucradas, con esto se puede definir el conflicto como un

proceso que comienza cuando una parte percibe que otra parte la ha afectado o está por afectarla en forma negativa en algo que la primera parte estima (Robbins, 1996).

El conflicto psicosocial es definido por la corriente psicoanalítica como la tensión entre pulsiones (fuerza del ello) y las instancias de control (yo, superyó) reguladoras. Potenciar la satisfacción de la pulsión y reducir la angustia entre el castigo o el sentimiento de culpa es la solución – siempre incompleta – del conflicto, que según esta teoría sólo será posible a través de los mecanismos de defensa (Dorsh, 1985).

Para Freud el conflicto desempeña una función fundamental en el desarrollo de la personalidad; existe en el interior del individuo, así como entre el individuo y la sociedad (Liebert y Liebert, 2000).

De igual forma para el psicoanálisis existe el conflicto interno o neurótico, el cual se origina por el choque de las tendencias parciales reactivas (reforzadas por la libido regresiva); es decir, aquellas conductas que disminuyen la ansiedad del individuo, y por el yo al servicio del superyó lo que le impide nuevamente la satisfacción. Esta situación genera angustia y señal de alarma para el yo, lo cual advierte peligro e inicia la formación de síntomas, activando a su vez los mecanismos de defensa. El psicoanálisis dice que las personas se hallan en un continuo estado de conflicto latente; es decir, siempre están luchando con la realidad por una parte y con sus pulsiones internas por la otra, al estar incesantemente sometidas a frustraciones y renunciaciones de variada calidad y cantidad. Este conflicto latente sólo se transformará en factor

desencadenante cuando el límite de lo tolerable haya sido sobrepasado, límite que es cuantitativamente distinto y específico para cada individuo (Tallaferro, 2000).

Whittaken y Whittaken (1984) al exponer la teoría de Freud comentan que existe un equilibrio entre las tres partes de la personalidad. Si el superyó es débil, el individuo podrá entrar en conflictos con la sociedad, por su incapacidad para dominar la satisfacción de sus necesidades o para satisfacerlas por algún medio socialmente aceptable. Por otra parte, con un superyó muy fuerte, el individuo no tiene probabilidades de poder satisfacer sus impulsos instintivos, además de que surgen en él graves sentimientos de culpa.

Es en el período comprendido entre los tres y cinco años de edad cuando el complejo de Edipo alcanza su mayor intensidad, es decir, en la etapa fálico-genital. En esta etapa el tipo de elección de objetos es lo que produce una intensificación de los conflictos del niño. De una solución incompleta del complejo de Edipo, nacen los posteriores conflictos, las distintas sintomatologías, o las diversas entidades clínicas; de ahí que Freud afirmó que el complejo de Edipo es el núcleo de toda neurosis y psicosis (Tallaferro, 2000).

Si el complejo de Edipo es cierto, al igual que la teoría de lo inconsciente, se requiere una revisión radical de la comprensión de la condición humana. Esto podría implicar que el ser humano nace con un enorme conflicto (Kahn, 2003).

Por otro lado, desde un enfoque humanista, dentro las relaciones humanas el conflicto se establece como un hecho natural que es inevitable. Este enfoque racionaliza su existencia ya que considera que no se le puede

eliminar, e incluso hay ocasiones en que el conflicto puede ser benéfico para el desempeño de los involucrados. Este enfoque dominó la teoría del conflicto desde fines de los años 40 hasta mediados de los años 70 (Robbins, 1996).

No todos los conflictos son malos o destructivos, algunos se resuelven fácilmente y los que se solucionan provocan un proceso de deterioro en la relación y en las personalidades de sus interlocutores (Duck, 1988).

Desde la perspectiva sistémica Interaccionista, el conflicto es una forma de comunicación diádica, que se clasifica en positiva o negativa al referirse a sus efectos sobre la naturaleza íntima de la relación (Cahn, 1992).

Por otra parte, Aisenson (1994) desde el enfoque psicosocial, define el conflicto fundamentalmente como contradicción, discrepancia, incompatibilidad, antagonismo. En el plano de la interacción se hallan implicados dos o más individuos o grupos que aspiran a obtener o mantener una situación esto es, un cambio o la preservación de las condiciones existentes.

Asimismo Peterson (1983) define el conflicto como un proceso interpersonal que ocurre cuando las acciones de una persona interfieren con las acciones de otra. Sin embargo, hay quien afirma que el conflicto no está constituido sólo por conductas, por lo que surgen definiciones que enfatizan también los sentimientos. Así Cahn (1990) define el conflicto interpersonal como la interacción entre personas que expresan intereses, puntos de vista u opiniones opuestos.

En realidad, la definición asignada al conflicto depende en gran medida de los objetivos del estudio y existen ocasiones en las que basta con considerar los aspectos centrales del fenómeno del conflicto interpersonal, así se puede afirmar simplemente que el conflicto interpersonal se refiere a la incompatibilidad entre las personas (Canary, Cupach y Messman, 1995).

2.2 Etapas de la relación de pareja y el conflicto

Para poder comprender el conflicto en la relación de pareja es necesario saber que existe un ciclo de vida que cada pareja experimenta. Según Sánchez Aragón (1995) la pareja desarrolla cierta dependencia basada en el tiempo, las vivencias y evoluciones compartidas como un modo característico de relación interpersonal; todo esto conforma el ciclo por el cual la pareja nace y se desarrolla. Este proceso presenta una serie de etapas complejas, en ocasiones progresivas, en otras regresivas, estáticas, dinámicas; estables y cambiantes, con oscilación entre periodos de cercanía y de distancia caracterizado por estadios de continuidad y discontinuidad.

Rage Atala (1990) considera que las etapas del ciclo vital de la pareja son jerárquicas y cada ciclo tiene su particular problemática. No obstante, cada etapa es autónoma, completa y distintiva en sí misma. La pareja atraviesa en cada etapa por una serie de conflictos y expectativas que se tienen que ir resolviendo.

Con respecto al tema Levinger y Snoek (1972; citado en Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2002) distinguen tres fases dentro del ciclo: 1) Conciencia, incluye procesos que guían la atracción, como rasgos superficiales, atracción

física, competencia, calidez e interés en actividades similares; 2) Contacto superficial, las personas viven los efectos de la interacción, en donde la forma, la frecuencia y la intensidad determinan la atracción, así como las actitudes similares y las conductas dadas por los papeles sexuales; 3) Mutualidad, se distingue por la gran cantidad de auto-divulgación concerniente a los sentimientos personales. Se expresa y se comparte información sobre el bienestar de ambos miembros y se crean normas para la pareja. Se asumen responsabilidades para proteger y mejorar la relación y se eleva el compromiso emocional. Este nivel es el más importante en determinar las conductas de la pareja, ya que la relación ha alcanzado cualidades interpersonales únicas.

Por su parte Murstein (1976) menciona en su Teoría de Estímulo-Valor-Rol que la relación de pareja consta de tres fases o etapas: 1) Etapa de estímulo, es el primer contacto, en el cual los miembros de la pareja son atraídos por cuestiones superficiales de la otra persona (su manera de vestir, el físico, etc.) a través de una evaluación cognitiva; 2) Etapa de valor, se da un alto nivel de autodivulgación, por lo que se encuentra complementariedad en valores (en caso de existir). La comunicación durante esta etapa es sumamente importante y la evaluación se presenta como conductual; 3) Etapa de rol, los miembros de la pareja encuentran si hay o no compatibilidad verdadera, siendo éste un proceso cognitivo-conductual.

De igual manera Sánchez Aragón (1995) propone un ciclo en el cual las variables de tiempo en la relación y presencia o ausencia de hijos es importante para el desarrollo de la pareja. A continuación se definen únicamente aquellas

etapas que serán útiles para el presente estudio: 1) Noviazgo (0 a 6 meses), etapa que inicia con la atracción y el conocimiento mutuo de la pareja, el descubrimiento de la personalidad, gustos, intereses y hábitos que permiten o no la apertura de cada uno de los miembros hacia el otro; 2) Noviazgo (6 meses hasta el matrimonio), la pareja va encontrando estabilidad ya que ambos poseen un mayor conocimiento del otro en términos de diferencias y semejanzas, se da un enfrentamiento de situaciones sociales nuevas y convencionales. En esta etapa se da la pauta para la posible formalización de la relación a partir de la negociación de diferencias y la aceptación de similitudes; 3) Matrimonio sin hijos (0 a 3 años de matrimonio) y 4) Matrimonio con hijos (0 a 3 años, 3 a 7 años, 7 a 14 años y de más de 14 años de matrimonio).

Por su parte Díaz Loving (2002) explica el Ciclo de Acercamiento-Alejamiento y menciona que las relaciones interpersonales pueden verse como una serie de pasos ligados que se dan a través del tiempo y la relación, que determinan y definen el nivel de acercamiento e intimidad que perciben los sujetos involucrados; de manera que cada episodio es afectado por eventos anteriores, en conjunto con las expectativas del futuro. Es importante señalar que la percepción individual sobre el nivel de cercanía o lejanía de la pareja es subjetiva y no necesariamente concuerda entre sus miembros. Dependiendo del grado de acercamiento-alejamiento en que se encuentra la relación, cada miembro va a evaluar tanto afectiva como cognitivamente las conductas del otro de manera distinta. El Ciclo de Acercamiento-Alejamiento es visto como un constante flujo dinámico a través del tiempo, ya que los miembros de la pareja

reflejan lo que les ha acontecido y lo comparan con lo que les gustaría que sucediera, o imaginan lo que podría suceder.

Sánchez Aragón (2000) realizó una evaluación de las etapas de del Ciclo de Acercamiento-Alejamiento las cuales se presentan caracterizadas de la siguiente manera: 1) Etapa Extraño/Desconocido, se es objetivo y se evalúa a partir del físico, lo que despierta en ocasiones atracción, curiosidad e interés, predomina la desconfianza, pena o timidez, incomodidad e inseguridad, aunque a veces se siente agrado o simpatía y se da un juego de aceptación-rechazo que va del coqueteo a las conductas pasivas; 2) Etapa de Conocido, se incrementa el interés en la persona, hay necesidad de conocerla para así buscar posibles afinidades, no se perciben defectos y se pretende establecer una buena relación, esperando que prospere en amistad; 3) Etapa de Amistad, es el inicio de algo más firme que se caracteriza por el deseo de conocer más a fondo a la persona y su vida, se busca mayor acercamiento, pláticas con mayor intimidad, se es sincero, abierto y respetuoso; 4) Etapa de Atracción, hay interés en la persona, pues ésta agrada física e intelectualmente, en esta fase despiertan emociones intensas, como el agrado al estar con la persona, necesidad de acercarse físicamente a ella; 5) Etapa de Pasión, se caracteriza por su irracionalidad, siendo lo más importante el otro, pues ocupa todos los pensamientos, se le idealiza y se buscan afinidades, necesidad de estar cerca del otro constantemente, la cercanía favorece la comunicación entre la pareja sobre necesidades y expectativas; 6) Etapa de Romance, la pareja está profundamente enamora, mezcla de irracionalidad, solidez, compromiso y

amistad, se es respetuoso y se apoya continuamente; 7) Etapa de Compromiso, es la decisión de formar una relación sólida, la convicción de que la pareja es la persona con la que se quiere compartir la vida. Se toman las cosas con más formalidad, guiando a futuro el deseo de formar una familia; 8) Etapa de Mantenimiento, es sinónimo de compromiso o estabilidad, representa una lucha conjunta contra obstáculos y se considera importante, pues permite seguir creciendo como pareja y formar una familia; 9) Etapa de Conflicto, el conflicto es cuando los miembros de la pareja no pueden llegar a un acuerdo o tienen dificultad para conciliar sus intereses personales o existe una falta de entendimiento entre éstos; 10) Etapa de Alejamiento, es el distanciamiento físico y emocional causado por diferencias entre la pareja, por infidelidad, falta de pasión o de comprensión, que provoca una pérdida de interés, de compromiso y un no deseo de compartir; 11) Etapa de Desamor, falta de interés y de ilusión en la pareja, en donde no se quiere estar con la pareja pues ya se perdió la atracción física. El alejamiento y la indiferencia son las principales manifestaciones conductuales del desamor, seguido por falta de respeto, de comunicación y de lágrimas; 12) Etapa de Separación, es el alejamiento emocional y físico de la pareja o bien, el fracaso o final de la relación, se presenta confusión entre pensamiento y sentimientos, se piensa en uno mismo más que en los dos, no hay interés y se establecen límites para evitar más dolor; 13) Etapa del Olvido, en esta “muerte total de la pareja” no hay interés en la pareja, hay desilusión y en ocasiones se añora a la persona; esto favorece que se desee conocer a otras personas, reiniciar la vida y recordar lo positivo de la relación, hay indiferencia y esto crea falta de interacción.

Díaz Loving (2002) explica que dentro de la relación de pareja existe un dinamismo constante, donde se expresan sentimientos y conductas que abarcan un continuo, de la felicidad al enojo, de la tranquilidad a la angustia, de la alegría a la tristeza. No obstante, dentro de todo este movimiento, en las interacciones de conflicto se invierte una gran cantidad de tiempo y energía, ya que en las relaciones íntimas existen siempre ocasiones en las que es probable o incluso inevitable experimentar incompatibilidad o un desequilibrio en poder, amor, afecto e interés, lo que provoca gran malestar en los involucrados.

Sin embargo, el tiempo es un factor determinante del tipo de interacciones que surgen entre la pareja, a lo largo de los meses o años, la relación de pareja va cambiando, la convivencia es diferente, hay preocupación por cosas distintas, y por lo tanto, los conflictos no son siempre los mismos. Cuando se inicia una relación hay aspectos que se pueden pasar por alto, pero al tratar de formalizar la relación estos asuntos cobran importancia. Por ello, se considera que las parejas tienen un ciclo de vida, que no siempre es lineal y progresivo, sino que conforme pasa el tiempo la relación y sus integrantes pasan por diferentes etapas, que les plantean tareas diferentes que enfrentar.

Es por eso que sea cual sea la etapa por la que este pasando la pareja hay componentes que facilitan el ajuste para poder pasar de una etapa a otra. Las características que se toman en cuenta para el presente trabajo son los estilos de comunicación y de negociación durante el conflicto, pero existen otros factores importantes que ayudan a fortalecer la relación como son todo lo sexual y la intimidad que se vive en la pareja.

2.3 El conflicto en la relación de pareja

Como se ha visto hasta aquí, en cada etapa de la relación se presentan distintas experiencias en las cuales hay un sin número de conflictos que muchas veces la pareja no sabe afrontar por no saber establecer sus propios derechos (Aguilar, 1987).

Dentro de las diversas etapas que las parejas atraviesan en el Ciclo de Acercamiento-Alejamiento (Díaz Loving, 1999) la etapa de conflicto se caracteriza por una intensa carga afectiva donde se presentan un gran número de emociones, cogniciones y conductas, que van desde lo que se puede considerar como positivo hasta lo negativo.

El conflicto en las relaciones íntimas básicamente se ha explorado desde al menos tres diferentes paradigmas (Canary, Cupach y Messman, 1995): Sistémica interaccionista, intervencionista de reglas y de intercambio cognitivo. La sistémica interaccionista centra su atención en la interacción para solucionar conflictos. El conflicto visto desde esta perspectiva puede considerarse como expresiones emocionales de puntos de vista opuestos en donde los miembros de la pareja emplean patrones de comunicación específicos. La aproximación intervencionista de reglas considera el conflicto como gobernado por reglas, competitivo en naturaleza y cargado emocionalmente. Un mediador intenta resolver las disputas al introducir en el proceso del conflicto reglas e intereses sociales que usualmente no son involucrados cuando el conflicto se limita a la pareja en sí misma. El conflicto de este tipo es visto más como un evento social, público y cultural, en el que un mediador interviene para ayudar a una

pareja divorciada o durante el divorcio a restablecer y mantener la comunicación. En la aproximación de intercambio cognitivo se distingue entre los beneficios y los costos percibidos (Kelley, 1971). Se ve el conflicto como estrategias que incluyen percepciones e intenciones que varían desde la confrontación directa a la evitación y que a su vez influyen en el compromiso dentro de la relación.

En las relaciones de pareja el conflicto ha sido definido como el momento en que sus miembros no pueden llegar a un acuerdo, tienen dificultades para conciliar sus intereses personales, o existe una falta de entendimiento entre éstos (Díaz Loving, 1999).

Beck (1990) escribió que incluso simples conversaciones se convierten en una reunión de debates competitivos, luchas de poder y mutuos menosprecios. Lejos de promover la clarificación y comprensión, las palabras se convierten en armas; las discusiones, en batallas. Los desacuerdos que dividen a una pareja pueden provenir de las diferencias fundamentales en la visión que tienen de sí mismos y el uno del otro. Esas diferencias pueden hacer que, en el futuro, los incidentes al parecer triviales impulsen a la pareja a romper la relación.

Esta es una realidad que experimentan muchas parejas dentro de su relación. La pareja encuentra su identidad en gran medida en la común convivencia y separación de las tareas, con el grado ascendente de libertad pierde vigor el motivo que obligaba a identificarse como pareja y en ocasiones

estallan fuertes resentimientos contra él mismo y surge con frecuencia la sensación de malestar y de vacío (Willi, 1985).

Los múltiples malentendidos desgastan los cimientos de una relación. El conflicto en las relaciones de pareja adquieren mayor importancia entre sus miembros, ya que de su adecuado manejo depende la expresión de conductas positivas y negativas durante la interacción (Rivera Aragón, Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2002).

Si prevalece el conflicto no se desea estar con la pareja, no hay interés en ella, se trata de vencer al otro y lastimarlo. Se considera que el conflicto interpersonal es inevitable, que se requiere de entereza para enfrentarlo y que puede provocar ruptura, o en contraste, ayudar a madurar a la relación. Durante el conflicto, surgen una serie de emociones y sentimientos negativos asociados al debilitamiento del amor y su efecto en el individuo en sí mismo y en la interacción (Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2002).

Entre otras cosas Flores, Díaz Loving y Rivera Aragón (2002) señalan que el estrés, la incorporación de la mujer al trabajo, una mayor educación que favorece mayor individualismo y una búsqueda de relaciones más equitativas, han llevado a reevaluar las relaciones de pareja. Aunado a ello, el simple paso del tiempo, así los acomodados del poder y del amor, llevan a una serie de conflictos en la toma de decisiones, para los cuales las parejas empiezan a usar nuevos estilos y estrategias que permiten resolver el conflicto.

Las fuentes de dificultad de los procesos evolutivos del ser humano son diferentes para cada individuo, pero se centran en áreas de la persona como

son el trabajo, la familia y las relaciones personales. En cuanto a esta última área Erikson (1986) menciona que en las etapas del desarrollo la mayoría de las personas se casan durante los veinte en el periodo de la primera edad adulta. Justamente en esta etapa se debe elegir una pareja y comenzar una familia antes de saber qué es lo que se está haciendo o si lo que se está haciendo está bien. Buscar una edad apropiada para el matrimonio acorde con la naturaleza es poco convincente ya que la edad típica para casarse varía según la cultura a la que los individuos pertenezcan.

Durante la relación de pareja se presentan conflictos, y aunque se piense que estos no ayudan a la relación, según Lemaire (1986) son necesarios y no obligatoriamente el punto de partida de un desentendimiento o de una ruptura. Muy a menudo son el instrumento mediante el cual la pareja reestructura su funcionamiento.

Algunas parejas son expertas en negociar sus diferencias y aquellos que no manejan el conflicto eficientemente frecuentemente encuentran que sus desacuerdos con la pareja se vuelven más intensos y dominantes (persistentes) viéndose eventualmente como desagradables, o “contrarios” (Huston, Niehuis y Smith, 2000).

Durante el conflicto, surge una serie de emociones y sentimientos negativos asociados al debilitamiento del amor y su efecto en el individuo en sí mismo y en la interacción. En el primer término se observan consecuencias tales como: la angustia, el dolor, la tristeza, la frustración, la preocupación, la culpa y el arrepentimiento. En el segundo término se observa: el enojo, el

desagrado, la desconfianza, la desesperación, el rencor, el odio y el temor. Entre las conductas propias en esta etapa se pueden observar: comunicación inadecuada lo que lleva a grandes discusiones a veces innecesarias, agresividad y pleitos o peleas (Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2000).

Anaya y Bermúdez (2002) encontraron que si el conflicto es manejado constructivamente hay crecimiento y enriquecimiento. Si es manejado destructivamente, la pareja puede tener una relación relativamente insatisfactoria.

La manera de enfrentar dichos problemas es de suma importancia para el buen funcionamiento de la pareja, es decir, la forma en que el cónyuge afronte el conflicto, propiciará un ambiente positivo o negativo, según sea el caso y aportará al desarrollo u obstaculización en la pareja (Smith, 1977).

De acuerdo con la teoría de Carl Rogers (1980), se encuentra que en la relación interpersonal cada uno toma posturas diferentes frente al otro. Por ejemplo en el matrimonio, un esposo puede adoptar actitudes positivas o negativas ante su cónyuge lo que probablemente dará por resultado un ambiente más o menos agradable y satisfactorio para la relación.

Es importante destacar que el hombre se encuentra en continuo desarrollo y esto da como resultado una infinidad de incongruencias entre los factores de actitud ante los conflictos a que el ser humano es expuesto diariamente y los que muchas veces parecen incapaces de enfrentar (Mckay, Davis y Fenning, 1988).

Como se ha visto el conflicto forma parte de la vida cotidiana de los seres humanos. En una relación de pareja, la existencia del conflicto no siempre significa que la relación esté funcionando mal. Más que un obstáculo el conflicto, es una oportunidad de cambio y crecimiento. Lo importante es la manera en que se maneja y se soluciona este conflicto.

2.4 El proceso y el manejo del conflicto

Según el contexto de la intimidad en la pareja, el conflicto es más que un desacuerdo, incompatibilidad entre las parejas o una oposición de parte de la pareja, en un elemento duradero o persistente de la interacción. Ya que se conserva a lo largo del tiempo, puede cambiar y desarrollarse. Por lo tanto, el conflicto se entiende mejor como un proceso.

Coombs (1987) propone que el conflicto progresa a través de tres etapas específicas: 1) El conflicto potencial es experimentado por un miembro de la pareja, cuando se enfrenta a una elección entre una o más opciones o metas incompatibles. 2) El conflicto se convierte en una realidad cuando la interacción rebela que los miembros de la pareja quieren cosas diferentes, pero piensan que esas diferencias se pueden resolver. 3) El conflicto amenaza a la relación cuando los miembros de la pareja perciben que no existe una consecuencia mutuamente aceptable, y se deben hacer sacrificios indeseados para resolver las diferencias. En esta etapa los intereses propios usualmente reemplazan a los intereses mutuos, existen ganadores y perdedores, y los ejercicios de poder dominan probablemente en el proceso. Para algunos esta etapa de proceso del conflicto puede dar fin a la intimidad.

Coombs (1987) observó que al centrarse en el interés propio las parejas llegan de la etapa dos a la tres, mientras que enfocarse al interés común hace que la pareja se mueva de la etapa tres a la etapa dos o uno.

Con frecuencia el conflicto parece menos importante para el funcionamiento de una relación que el manejo que se hace de éste durante la interacción. Es por eso que los investigadores sugieren que el modo en que las parejas manejan sus conflictos contesta una pregunta fundamental sobre la calidad de sus relaciones personales en un nivel práctico.

Se ha llamado estilos de afrontamiento a los medios por los cuales el individuo concilia con los motivos de estrés y hace uso de las oportunidades que se le presentan con propósitos de adaptación (Maslow, 1954).

Al respecto, Díaz Loving y Sánchez Aragón (2000) mencionan que el afrontamiento es una conducta multidimensional que funciona a varios niveles mediante la expresión de conductas, cogniciones y percepciones, vinculadas principalmente a la personalidad del individuo y a su pertenencia en un grupo sociocultural específico.

La similitud entre afrontamiento y la negociación radica en que ambos pretenden disminuir el estrés emocional presentado por los miembros de la relación en el momento en el que surge el conflicto. Mientras que también se observa que la principal diferencia es que la negociación es uno de los diversos estilos de afrontamiento que se utilizan ante las situaciones estresantes (Roca, 2003).

Una de las aproximaciones al entendimiento de estos estilos es la propuesta operacionalizada por Levinger y Pietromonaco (1989; citado por Arnaldo, 2001), la cual está basada en la teoría Jungiana y tiene por premisa el que la gente posee estilos característicos para manejar el conflicto interpersonal. De acuerdo a este modelo las estrategias de los individuos están determinadas por su preocupación en sus propios beneficios y por su preocupación en los beneficios del otro. Combinando estas dos dimensiones se llega a cinco estrategias básicas en el afrontamiento a situaciones de conflicto interpersonal: 1) Acomodación: esta estrategia es alta en preocupación por el otro y baja en la preocupación por el yo. Incluye sacrificar las propias metas para satisfacer las necesidades del otro y protege las relaciones mediante el dar al otro, quien alcanza sus propios beneficios a expensas de quien se acomoda; 2) Evitación: es la estrategia baja en preocupación simultáneamente por el yo y por el otro. Al no afrontar un conflicto, el individuo permite que dicha situación se deje sin resolver o que la otra persona tome la responsabilidad para resolver el problema. Los que evitan tienen un punto de vista negativo hacia el conflicto y tienden a manejarlo diplomáticamente retirando su atención sobre el tópico, postergando su solución o simplemente retirándose de la situación. En algunos casos, esta estrategia permite a los otros lograr sus metas, porque no hay oposición por parte del que evita; 3) Competencia: es una estrategia alta en la preocupación por el yo. El individuo hace un gran esfuerzo para salirse con la suya. Procura maximizar sus beneficios, mientras que esto provoca altos costos para el otro. La situación de afrontamiento es vista como una situación en donde se tiene que ganar o perder. Es una aproximación orientada al poder,

en la cual la gente trata de usar cualquier medio que le permita defender o ganar una posición que se le considera es la correcta; 4) Colaboración: estrategia donde ambas partes se benefician al buscar la ayuda de la pareja para pensar una solución benéfica para ambos. Estrategia alta en la preocupación por el yo y en la preocupación por el otro. Una vez que se ha reconocido una situación por enfrentar, el colaborador tratará de integrar las necesidades mutuas en una solución que maximizará los intereses de los interlocutores; 5) Compromiso o acuerdo: estrategia en la cual se colabora con la otra persona llegando a un acuerdo mutuo de una forma creativa; es decir, la persona realiza una negociación con su pareja por medio de la comunicación.

Arnaldo (2001) encontró que las parejas eligen entre siete estrategias para enfrentar sus conflictos dentro de su relación de pareja: 1) Negociación y Comunicación: incluye el entablar un diálogo, el buscar y alcanzar una solución, diciendo lo que se piensa y siente, tratando de aumentar la comunicación, no sólo discutiendo los aspectos problemáticos, sino escuchando a su pareja; 2) Automodificación: la persona despliega autocontrol al ser prudente, paciente y cambia las conductas que pudieran provocar los problemas, aceptando los errores propios, siendo empático y tratando de evitar el estar a la defensiva; 3) Afecto: se emplea siendo cariñoso, amoroso con la pareja y haciéndole sentir que se le ama; 4) Evitación: incluye el dejar pasar tiempo, alejarse y mostrarse indiferente e ignorarle a la pareja; 5) Racional-Reflexivo: quienes gustan de este estilo de negociación buscan analizar las causas y dar explicaciones sobre lo que sucedió; 6) Acomodación, se acepta que se cometieron errores, se asume

la culpa del problema y se hace lo que la pareja decide cediendo a lo que pide;

7) Separación: en este caso no se refiere al rompimiento de la relación sino a que las personas esperan a que las cosas se calmen, no discuten inmediatamente y tratan de darse tiempo.

Pese a que las parejas pueden ser educadas sobre la forma en que deben manejar sus conflictos dentro de sus relaciones sociales, la elección sobre la estrategia a utilizar depende de diversos factores como son: el tipo de problema que se presenta, el compromiso con la relación y la pareja, la distribución del poder, la presión social, entre otros (Cahn, 1992).

Por tanto, según Díaz Loving y Sánchez Aragón (2002) se entiende por mecanismos de enfrentamiento o estilos de afrontamiento a las estrategias conductuales desarrolladas a partir de experiencias previas con situaciones similares, que pueden ser modificadas a partir de los elementos contextuales que permitan nuevas formas o versiones combinadas de ellas.

2.5 Investigaciones sobre el manejo de conflicto en pareja

En los primeros estudios sobre el conflicto en pareja se hacía énfasis en los malentendidos del matrimonio relacionados con los aspectos no verbales de los mensajes. Tales malentendidos fueron considerados tanto propiciadores del conflicto como inhibidores de su resolución (Noller, 2000).

Existen datos en la literatura sobre procesos de negociación, en el cual se ha diseñado el Inventario de Estilos de Negociación del Conflicto con base en el modelo propuesto por Killman y Thomas en 1975 que está fundamentado

en la teoría jungiana y que asevera que la gente tiene estilos característicos para manejar el conflicto interpersonal (citado por Rivera Aragón, Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2002).

De acuerdo a esta postura teórica, algunas personas son directas cuando se les presentan situaciones por resolver, mientras que otras, se sienten ansiosas ante la inminente situación debido al miedo que tienen de dañar las relaciones con los demás. También, tratan de encontrar las soluciones satisfactorias para las partes involucradas. De acuerdo a este modelo, las estrategias de los individuos están determinadas por su preocupación por sus propios beneficios y por los beneficios de los otros. Lo cual lleva a cinco estrategias básicas en el enfrentamiento a situaciones interpersonales: acomodación, colaboración, compromiso, evitación y competencia. Estas estrategias particulares están basadas en altos o bajos grados de preocupación en los beneficios propios o de los otros (Rivera Aragón, Díaz Loving y Sánchez Aragón, 2002).

Utilizando esta escala de solución de problemas o estilos de negociación, López, Gover, Leskela, Sauer, Schirmer y Wyssmann (1997) estudió los estilos de apego y la culpa en la pareja, y encontró que los adultos con un modelo de apego seguro; es decir, con modelos positivos introyectados de sí mismos y del otro, hacen un mejor uso de la autodivulgación, escuchan de manera más empática y utilizan estrategias de resolución de problemas más cooperativas. Por el contrario, individuos que presentan estilos inseguros de apego exhiben

estrategias más manipuladoras y coercitivas, reportan niveles más elevados de conflicto y desconfianza en sus relaciones de pareja.

Según un estudio sobre evitación de conflicto realizado por Alberts (1990), una forma de manejar el conflicto es molestar o emplear el humor. Esos han sido considerados métodos indirectos para expresar emociones inaceptables sobre temas amenazantes o vergonzosos. El humor benigno consiste en bromas sobre uno mismo, sobre la relación o sobre la pareja de una manera amable. Mientras que el humor hostil incluye bromas sobre la pareja de forma negativa, particularmente con sarcasmo.

La investigación sobre estrés y patrones de afrontamiento individuales al estrés implican el papel que tiene el estrés diario sobre el manejo comunicativo del conflicto. Bolger y Zukerman (1995) reportan que el estrés estaba poderosamente vinculado al conflicto interpersonal. Encontraron que los participantes altos en neurosis reportaban mayor conflicto y una frecuencia mayor de respuestas de afrontamiento de autocontrol y de confrontación hacia tales conflictos. Para los participantes altos en neurosis, tanto las estrategias de autocontrol y confrontación estaban positivamente asociadas con enojo y depresión. Las tácticas de escape-evitación estaban positivamente relacionadas con depresión. Los resultados de este estudio sugieren que la gente altamente neurótica se involucra en más conflictos interpersonales, encuentra tales conflictos personalmente absorbentes, emplean una mayor variedad de respuestas de afrontamiento al conflicto, pero sienten que las respuestas de afrontamiento fallan.

Un estudio realizado por Sayers y Baucom (1991) con relación a la identidad sexual de roles y la comunicación de pareja en conflicto se encontró que según el análisis de la tasa base la feminidad estaba positivamente relacionada con una mayor tasa de comportamiento negativo entre esposo y esposa. Como estaba predicho, análisis secuenciales sostuvieron que la feminidad en las esposas estaba asociada con una mayor reciprocidad negativa de las mismas. La feminidad en los varones fue asociada con la tendencia de los mismos a terminar menos secuencias negativas de comportamiento en comparación con sus esposas. Mayor masculinidad de las esposas fue asociada con secuencias más cortas de comportamiento negativo. Las implicaciones de los hallazgos y direcciones futuras de investigación son discutidas. Todo el comportamiento en la interacción de matrimonios en conflicto fue analizado con el sistema de codificación de la interacción marital y fueron examinados con relación al nivel de feminidad y masculinidad de los esposos.

Creasey (2002) estudió la relación entre los modelos de trabajo internos de unión (IWM) y el comportamiento de manejo del conflicto en las parejas. Los resultados mostraron que el IWM predijo en las mujeres un mayor comportamiento positivo a través de la interacción; mientras que en los hombres predijo un mayor comportamiento negativo en la condición de manejo de conflicto. Aquellos individuos que se encontraban con una pérdida sin resolver o con algún tipo de trauma y aquellos que mostraron inseguridad en

sus apegos fueron particularmente vulnerables a un comportamiento más negativo, en la forma en la que muestran a los demás su conducta de control.

3. La satisfacción en la relación de pareja

3.1 ¿Qué es satisfacción en la relación de pareja?

Las teorías y modelos referentes a la satisfacción en la relación de pareja han sido motivo de estudio a partir de los años setentas a raíz del incremento en la tasa de divorcios (Norton y Glick, 1976). La importancia que tiene estudiar la satisfacción es el tratar de explicar por qué la pareja llega a sentirse satisfecha en su relación de pareja (Leguizaman, 1997).

La palabra satisfacción tiene como base una necesidad personal y mutua que ha de ser satisfecha o cubierta (Raynor y Shaver, 1997; citado por Roca, 2003). Partiendo de esto la satisfacción en pareja adquiere una gran relevancia al ser un posible indicador de estabilidad y felicidad de una relación de pareja (Hicks y Platt, 1970). Es por eso que la satisfacción de pareja puede ser definida de una variedad de formas, y es una variable que es muy dependiente del contexto cultural en el que se desarrollan las parejas.

Una de las primeras personas que habló sobre la importancia de la satisfacción en la vida del ser humano fue Maslow. De acuerdo con él, las necesidades básicas son las necesidades fisiológicas (hambre, sed y sueño). También habló de la existencia de otras necesidades importantes de índole psicológicas como son: las necesidades de seguridad, de protección y de estabilidad; las necesidades de amor y la sensación de pertenencia que es

resuelta con la familia y los amigos; así como la necesidad de respeto por sí mismo y de estima. Además afirmó que cada ser humano tiene necesidades de crecimiento que se cumple a través del desarrollo de los potenciales y las propias capacidades. De acuerdo con estas bases se puede inferir que en la relación de pareja existe un sin fin de motivaciones que llevan a los individuos a buscar su satisfacción y que es mediante la interacción la manera en que estas necesidades son satisfechas.

Según estudios realizados por Pick y Andrade (1988), creadoras de la escala de Satisfacción Marital en México, y Díaz Loving (1996) que junto con sus colaboradores han trabajado en este tema durante varios años. La satisfacción de pareja, tal como la definen estos investigadores está relacionada con las expectativas que se tienen del matrimonio, así como del tiempo de unión, número de hijos y distribución de roles y responsabilidades de los cónyuges.

Al respecto Nina Estrella (1985) afirma que la satisfacción de pareja es la actitud que tiene una persona sobre su matrimonio, la cual puede ser desde positiva hasta negativa. Estrada (1991) concuerda con el punto de la importancia que tiene la actitud en la satisfacción de pareja y asevera que la calidad de la relación o del matrimonio depende en gran parte de la actitud que cada persona experimente hacia su relación; es decir, del grado de satisfacción y complementariedad que se le pueda dar a las expectativas de cada uno de los miembros de la pareja en los cuales intervienen todas las profundas necesidades y deseos del psiquismo individual.

Para Díaz Loving (1996) la satisfacción de pareja se refiere a la apreciación subjetiva que un individuo hace del bienestar, calidad y valor de las diferentes facetas de su pareja y de su interacción con ella. De la misma forma Luckey (1964) afirma que la felicidad en la pareja se relaciona con la percepción que una persona de la pareja tiene de la otra y con la congruencia de la autopercepción del otro; es decir, que la calidad de la relación será un posible indicador de la satisfacción que se experimente en la vida de pareja, a la vez que esta satisfacción es un posible indicador de la felicidad que se experimente en los distintos ciclos de la vida en pareja.

La percepción que se tenga de la relación generalmente es basado en términos de percepción de su pareja acerca de la personalidad del otro, y el acuerdo entre los dos miembros, particularmente acerca de los aspectos de su interacción tienen un alto correlato con la satisfacción de pareja (Gottman, 1982).

Por el contrario, existen un gran número de investigadores que hacen referencia a que la satisfacción de pareja debe ser vista como un proceso más que una actitud o apreciación subjetiva en la relación de pareja. Rivera Aragón (1992) sugiere que es de mayor relevancia averiguar cómo los integrantes de la pareja definen su relación, en lugar de hacer tanto énfasis en lo que sucede en la relación para entender la relación. Es decir, la satisfacción en la relación de pareja es una realidad que se construye por los miembros de la pareja.

Por su parte López-Ibor (1983) afirma que la satisfacción en la relación de pareja no es un fenómeno constante; es decir, una pareja puede sentirse

satisfecha en el presente, pero en el futuro puede deshacerse esa armonía percibida, y la que actualmente es considerada una relación rota, es posible que más adelante adquiera su equilibrio.

Existe una propuesta realizada por López-Ibor (1983) para que exista satisfacción en la relación de pareja, la cual incluye las siguientes condiciones: armonía entre los miembros de la pareja, proyecto de vida en común, entrega mutua de placer, atracción entre ambos, comprensión y aceptación de los defectos, unión y amor.

Bateson (1971) definió la satisfacción de pareja como una relación en la que ambas partes llegan al acuerdo explícito de que una o la otra controla la relación o bien ciertas áreas dentro de la relación. Cada persona puede hablar sobre la relación y comentar el efecto que la conducta de la otra persona tiene sobre ella.

3.2 Aspectos necesarios para la satisfacción en la relación de pareja

La decisión de formalizar una relación de noviazgo depende del grado de satisfacción que es percibido por los miembros de la díada. Generalmente la pareja comparte en común un sentimiento que los une y una experiencia de bienestar en compañía del otro por lo que surge el deseo de postergar esta vivencia a través del matrimonio.

Sin embargo, para que ese deseo no se pierda Satir (1986) dice que es necesario que esta unidad no se pierda y el “nosotros” pese tanto como el yo o el tú para que pueda lograrse cierta estabilidad y puedan así compartirse

nuevos momentos y experiencias, así como también puedan juntos enfrentarse a los nuevos retos que en la nueva etapa se les vayan presentando.

Por su parte Carl Rogers (1980) habló sobre las características de un buen matrimonio y él creía que un buen matrimonio es el progreso de cada cónyuge para convertirse en su propio yo.

En una relación de pareja es necesaria la existencia de ciertas habilidades que puedan ayudar a resolver los conflictos en el momento en que se presenten o mejor aún para evitarlos. Los miembros de la pareja pueden permitirse no estar de acuerdo en todo, pero será favorable el aprender a apreciar las diferencias entre ellos e incluso motivan la expresión de sentimientos; hacer flexibles las fronteras entre ellos de manera que sea posible el contacto saludable; alentarse a mostrar el afecto entre ambos y apoyarse mutuamente en forma positiva; apreciar los propios conflictos y los de otros, tener respeto y lealtad, tener paciencia; tener auténtica curiosidad sobre los sentimientos y puntos de vista de los otros; ser terminantes, juguetones y hasta experimentales cuando las soluciones creativas sean necesarias (Salama y Villarreal, 1988).

Pick y Andrade (1986) dividieron la satisfacción en tres factores los cuales son: 1) Satisfacción con los aspectos emocionales del cónyuge, que se refiere a la satisfacción que un cónyuge tiene con respecto a las reacciones emocionales de su pareja; 2) Satisfacción con la interacción conyugal, se refiere a la satisfacción que un cónyuge tiene con respecto a la relación que lleve con su pareja y 3) Satisfacción con los aspectos estructurales y de organización del

cónyuge, mide la satisfacción que un cónyuge expresa de la forma de organización y de establecimiento y cumplimiento de reglas de su pareja.

Uno de los modelos planteado por Millar, Nunnally y Walkman (1975; citado por Sánchez Aragón, 1995) establecen siete elementos necesarios para lograr la satisfacción en la relación de pareja: antecedentes de socialización, roles de transición en la familia, número de hijos, años de casados, frecuencia y duración de la convivencia, nivel socioeconómico y espacio para los niños; sin embargo, los autores concluyen que de estos siete elementos sólo el de transición de roles y la duración de la convivencia afecta directamente a la satisfacción en la vida de pareja.

Otro modelo aportado por Lederer y Jackson (1968; citado por Nina Estrella, 1985) afirma que no existe una única manera de relacionarse entre dos personas para obtener un alto grado de satisfacción marital, pero los siguientes elementos parecen ser de vital importancia en la relación marital satisfactoria: 1) respeto mutuo, pues cada cónyuge debe de buscar algunas cualidades y habilidades importantes para respetar en el otro; 2) la tolerancia de un cónyuge hacia otro; 3) cada cónyuge debe de cumplir con sus roles y funciones, sin verlos como una obligación.

De acuerdo con la información vista hasta aquí es necesario hacer hincapié en la importancia que tienen las diferentes áreas que componen una relación de pareja. Es probable que dentro de lo que abarca la satisfacción una pareja se encuentre satisfecha con una parte de su relación y menos satisfecha con otra; siendo importante dividir las distintas áreas que componen una

relación de pareja. Al respecto Cortés, Reyes, Díaz Loving, Rivera Aragón y Monjarraz (1994) dividieron las áreas de la satisfacción en: 1) Físico-Sexual, expresa contactos e intercambios físico-corporales; 2) Interacción, refleja intercambios emocionales y de comprensión que facilitan la interacción de la pareja; 3) Comunicación y Diversión, es la manera en que la pareja se comunica afectivamente dentro y fuera del hogar; 4) Familia, manifiesta la distribución y cooperación de las tareas de hogar por parte de la pareja; 5) Toma de decisiones, refleja la organización y funcionamiento de la pareja; 6) Hijos. Se refiere a cómo se siente el cónyuge con respecto a la educación, atención y cuidado que su pareja da a los hijos.

Es posible observar cómo diversas variables de personalidad de cada miembro, el tipo sociodemográfico, los hijos o la escolaridad pueden tener efectos significativos en la forma en la que se aprecia a la pareja y a la relación.

3.3 Investigaciones sobre la satisfacción en la relación de pareja

Muñoz (1978) realizó un estudio sobre satisfacción marital y la influencia de los factores de balance marital y de autorrealización. Los resultados mostraron que las mujeres con mayor autorrealización tienden a tener menor satisfacción marital y que ellas enfatizan su individualidad sobre la relación marital. Los resultados de los hombres no fueron estadísticamente significativos. Esto significa que las mujeres con un matrimonio satisfactorio son las que les corresponde la autorrealización más baja. La explicación a esto puede entenderse con la idea de que el matrimonio en el que se cede la individualidad impide que los sujetos desarrollen todo su potencial humano. Así

como aquellos individuos que están más dispuestos a defender su individualidad, le están dando más importancia a su desarrollo como personas. Sin embargo, también se encontró que aquellas mujeres de matrimonios no-satisfactorios probablemente están tan envueltas en sus dificultades maritales que sea irrelevante el punto en el cual están situadas en el “continuo matrimonio-personas”. En cuanto a los hombres, los resultados sugirieron que la autorrealización del hombre no está tan ligada al tipo de matrimonio que tenga.

En un estudio realizado por Lewis y Spanier (1980; citado por Roca, 2003) se comprobó que las recompensas de la interacción entre cónyuges (similitud, atracción y facilidad para la comunicación), la gratificación emocional (expresiones de amor y afecto e interdependencia emocional), la efectividad de la comunicación (auto-divulgación, empatía y concordancia entre lenguaje verbal y no verbal), el ajuste de roles (compartir los roles y complementariedad), así como la cantidad de interacción (actividades compartidas y solución efectiva de los problemas) entre los miembros de la pareja son importantes aspectos para la calidad marital.

En cuanto a la satisfacción marital en hombres y mujeres Rhyne (1981) encontró que los hombres tienden a estar más satisfechos con sus matrimonios que las mujeres, con la excepción de aquellos casos en los que la mujer posee un puesto en el trabajo más alto que su esposo y que además la remuneración económica es mayor en ella, el hombre tiende a estar menos satisfecho (White, 1983).

Estudios realizados por diferentes autores en el área de la satisfacción marital revelan diversos resultados. Con respecto a la condición de la mujer ligada a la familia en conjunto, “el lugar de la mujer se encuentra en el hogar”. A manera de una defensa compensatoria, la mujer puede negar la importancia de la vida familiar e idealizar papeles (profesionales públicos) típicamente masculinos, o bien puede hacer valer la suprema importancia de la maternidad y de la vida familiar (Lomas, 1983).

Estudios realizados en los noventa demostraron que en una familia equilibrada con el trabajo de la mujer, la relación esencialmente complementaria entre marido y mujer tiende a convertirse cada vez más en una relación simétrica. La presión inevitable que ejerce la esposa que trabaja sobre la relación marital tiende a una unión más igualitaria, más democrática y marca como prerrequisito esencial de una relación marital armoniosa el rol instrumental del marido y el rol expresivo de la esposa (Chávez, 1994).

Ojeda García, Díaz Loving y Rivera Aragón (1997) construyeron y validaron psicométricamente un instrumento que midiera si el doble vínculo como un patrón de comunicación afecta a la satisfacción en la relación de pareja. Se observó una relación negativa entre la variable comunicación en doble vínculo y la variable de satisfacción marital. La edad de los cónyuges y el número de hijos resultó un factor importante a considerar cuando se manifiesta comunicación en doble vínculo en las parejas.

Shackerford y Buss (1997; citado por Roca, 2003) afirman que para el hombre la ausencia de infidelidad por parte de la mujer parece ser el mejor

predicador de satisfacción marital, mientras que para ella es la ausencia de abuso físico y/o verbal por parte de su pareja.

Jonson y Bradbury (1999) reportaron que las mujeres en su estudio obtuvieron un mayor puntaje en expresar sentimientos lo cual significa que existe una baja satisfacción cuando un cónyuge expresa sentimientos y el otro cónyuge evita la situación. Esto ocasiona que las esposas se vuelvan menos expresivas emocionalmente, que acusen a su compañero de no involucrarse en la relación y algún otro comportamiento entendible, pero mal adaptativo. Los esposos por su parte no logran entender del todo el comportamiento de su pareja y se muestran distantes en la interacción. Los autores mencionan que aunque esta no sea ciertamente la razón del fracaso en todos los matrimonios, sí refleja un patrón dañino para algunos.

En el ámbito sexual Dunn, Croft y Hackett (2000) encontraron que las mujeres reportan mayor satisfacción que los hombres, y ambos sexos reportan mayor satisfacción marital a mayor frecuencia de relaciones sexuales. Los menos satisfechos son quienes se perciben que tienen problemas sexuales como disfunción eréctil y eyaculación precoz en el hombre y sequedad vaginal en la mujer.

4. Planteamiento del problema

Según datos del Instituto Nacional de Estadística Geográfica e Informática (INEGI, 2003) en México ocurren 9.8 divorcios por cada 100 matrimonios. Puebla ocupó el lugar 19 de las 32 entidades federativas en registro en divorcios. Entre los 20 y 24 años de edad se encuentra el mayor

índice de matrimonios registrados por entidad federativa en los últimos 5 años hasta el 2002. Únicamente en Puebla 8773 parejas contraen matrimonio en dichas edades; de las cuales 547 parejas de 18,420 terminan en divorcio; lo cual implica el 3.0 de cada 100 matrimonios.

Según palabras de Sánchez Aragón (2000) la calidad de la interacción verbal tiene la capacidad de mejorar o retardar el proceso de compartir la cercanía emocional y la revelación de pensamientos privados, valores, preocupaciones, etc.; esto a su vez facilita o entorpece el manejo del conflicto que se presenta en las diferentes etapas de la relación de pareja y en consecuencia la pareja podrá sentirse satisfecha o insatisfecha según el funcionamiento que perciba en la interacción.

Por tales motivos es necesario que se estudie más la relación en la etapa del noviazgo y no sólo la relación durante el matrimonio para poder disminuir las cifras de divorcios. Así como también estudiar los diferentes aspectos que conforman la relación de pareja y aquellos aspectos que logran que una pareja permanezca unida y feliz por la unión; es decir, satisfecha. Como consecuencia, se estudiará la relación que existe en el estilo de comunicación empleado por las parejas universitarias, el manejo del conflicto de pareja y la satisfacción en la relación de pareja.

Tomando en cuenta lo visto hasta aquí, cabe plantear las siguientes interrogantes: ¿existe relación entre el estilo de comunicación propio y las estrategias de manejo de conflicto?, ¿existe relación entre el estilo de comunicación propio y la satisfacción en la relación de pareja?, ¿existe relación

entre el estilo de comunicación de la pareja y las estrategias de manejo de conflicto?, ¿existe relación entre el estilo de comunicación de la pareja y la satisfacción en la relación de pareja?, ¿existe relación entre las estrategias de manejo de conflicto y la satisfacción en la relación de pareja?, ¿existe relación entre las estrategias de manejo de conflicto y la satisfacción en la relación de pareja?, ¿existe diferencia entre los géneros en el estilo de comunicación propio?, ¿existe diferencia entre los géneros en el estilo de comunicación de la pareja?, ¿existe diferencia entre los géneros en las estrategias de manejo de conflicto?, y ¿existe diferencia entre los géneros en la satisfacción marital?

Con el fin de responder a estas interrogantes se realizó esta investigación, cuyo objetivo general fue estudiar la relación entre el estilo de comunicación, el manejo de conflicto y la satisfacción en la relación de pareja. Así como estudiar las diferencias entre los géneros.

Los objetivos específicos son los siguientes:

1. Estudiar la relación entre los estilos de comunicación propios y los estilos de comunicación de la pareja.
2. Estudiar la relación entre los estilos de comunicación propios y las estrategias de manejo de conflicto.
3. Estudiar la relación entre los estilos de comunicación propios y la satisfacción en la relación de pareja.
4. Estudiar la relación entre los estilos de comunicación de la pareja y las estrategias de manejo de conflicto.

5. Estudiar la relación entre los estilos de comunicación de la pareja y la satisfacción en la relación de pareja.
6. Estudiar la relación entre las estrategias de manejo de conflicto y la satisfacción en la relación de pareja.
7. Estudiar la diferencia entre los géneros en los estilos de comunicación propios.
8. Estudiar la diferencia entre los géneros en los estilos de comunicación de la pareja.
9. Estudiar la diferencia entre los géneros en las estrategias de manejo de conflicto.
10. Estudiar la diferencia entre los géneros en la satisfacción marital.